

Pobreza: ¿una salida del túnel?

Considerado en su conjunto, y a pesar de las nuevas políticas de redistribución, la disminución de la pobreza se mantiene por debajo de lo que se hubiera podido esperarse, sobre todo cuando comparemos lo que sucede en los países asiáticos. La salida del túnel aún permanece alejada. El efecto que tiene sobre el nivel de pobreza la evolución de los tipos de empleos se expresa mediante la variación de la distribución de ingresos y mediante la importancia del crecimiento económico.

Esto constituye una paradoja. Pero el hecho de que la tasa de crecimiento sea débil y que el nivel de las desigualdades sea muy elevado no permite que la tasa de la pobreza baje. La fuerte disminución de la pobreza podría ser el producto de una nueva aceleración del crecimiento económico, y esto pasa por una integración dinámica en la economía mundial, y por una redistribución de los ingresos igualmente elevados.

Palabras clave: pobreza, desigualdades, crecimiento, oferta y demanda de trabajo no calificada.

♦ Economista y profesor en la Universidad de París 13, CEPN-CNRS, UMR 7115.

■ pierre.salama@univ-paris13.fr ■
Traducción de Pierre Matari.

Entre las diferentes definiciones de la pobreza, dos merecen ser destacadas: la pobreza puede ser calificada de absoluta o relativa. En el primer caso es considerado

como pobre aquél, o aquella, que no dispone de suficientes recursos monetarios para reproducirse. La pobreza es, entonces, calificada de absoluta. Esta forma de medir atañe a los países en desarrollo. Segundo, es considerado como pobre aquél cuyo ingreso monetario se encuentra por debajo de 50% del ingreso mediano. La pobreza es entonces calificada de *relativa*. Esta última concierne casi exclusivamente a los países desarrollados.¹

Resulta útil recordar esta distinción. Al ser diferentes las maneras de medirla, la precedente distinción aclara el porqué de la dificultad a la hora de comparar la pobreza del Norte con la del Sur. Aún más, indica la posibilidad de *suprimir* matemáticamente la pobreza cuando ésta es medida en térmi-

1. Para una exposición del conjunto de técnicas que miden la pobreza y su discusión véase: Destremau y Salama (2002).

nos absolutos. De hecho, algunos países lo han logrado. En cambio, salvo suponer la posibilidad de que exista una sociedad en la cual todos los ciudadanos reciban la misma remuneración, resulta imposible suprimir la pobreza relativa dado que la manera de definirla se basa exclusivamente en la distribución de ingresos. Sin embargo, esta imposibilidad no impide que pueda ser aliviada de manera sustancial.

Desde el inicio de los años noventa, uno de los hechos sobresalientes en “la historia reciente de la pobreza” en América Latina es la dificultad de reducir de manera significativa la magnitud y profundidad de la pobreza (véase el apartado correspondiente para la definición de esos términos). Según los países, desde el inicio de este milenio, la pobreza baja con mayor o menor fuerza gracias a una tímida política de redistribución. Considerada en su conjunto, y a pesar de esas nuevas políticas, la disminución de la pobreza se mantiene por debajo de lo que se hubiera podido esperar, sobre todo cuando comparamos el mismo fenómeno con lo que sucede en los países asiáticos. Ello no impide que para el 2015 las metas del milenio de reducir la pobreza extrema sean —o serán— cumplidas por algunos países, entre los cuales destaca Brasil. A pesar de esos progresos, la pobreza aún permanece en un nivel elevado, afectando a casi un tercio de la población.

Medidas de la pobreza absoluta

La construcción de una línea de pobreza es simple, en principio. Con base en encuestas se establece la composición de una canasta de bienes de consumo que permita adquirir un cierto nivel de calorías. Convertida en precios, esta canasta indica el nivel de ingreso de estricta reproducción que define a la pobreza extrema (indigencia). Para tomar en cuenta las necesidades de alojamiento, transporte, etc.,

se multiplica por el llamado coeficiente de Engel, obteniéndose así un ingreso que corresponde al umbral de pobreza. Si el ingreso del individuo o de la familia es inferior a ese umbral, el individuo o la familia es designada como pobre. El indicador obtenido de esa manera, H_0 , mide la magnitud de la pobreza.

De la misma forma se pueden calcular otros dos indicadores que pertenecen ambos a la misma categoría: H_1 mide la *profundidad* de la pobreza, esto es la diferencia entre los niveles de ingresos de los pobres y el ingreso que corresponde a la línea de pobreza. H_2 mide las *desigualdades entre los pobres*. Estos tres indicadores se pueden escribir de la siguiente forma: $H\hat{\delta} = 1/n \sum [(z - y_i)/z] \hat{\delta}$

z corresponde a la línea de pobreza, y_i representa el ingreso de los pobres, n la población y $\hat{\delta}$ lleva los valores de 0, 1, 2. La suma se hace del uno a q : número de individuos o de familias pobres. Para $\hat{\delta} = 0$, H_0 mide la amplitud de la pobreza ya que corresponde matemáticamente al número de pobres dentro de la población.

El Banco Mundial define la línea de pobreza de manera diferente. Dicho organismo considera como indigentes (pobreza extrema) a los individuos que reciben menos de un dólar diario, calculado con base en una tasa de cambio particular, diferente de la del país considerado, esto es la llamada *paridad poder adquisitivo* (PPA). Los que reciben menos de dos dólares/día (PPA) son pobres. La clasificación de los individuos en pobres y no pobres así como la evaluación de las tasas de pobreza carecen de transparencia: algunas evoluciones reflejan más los cambios que intervienen en las técnicas de medición, un aspecto pocas veces precisado, que los cambios debidos a la situación real.²

2. Sobre este punto, consúltese Wade (2002). Éste último hace constatar que las muestras de los países utilizados para medir el ingreso de los pobres difieren según las encuestas.

Estos indicadores padecen de varios defectos que restringen aún más su alcance: se tiende a tomar en cuenta exclusivamente los ingresos monetarios, se pasan por alto los diferentes mecanismos de solidaridad de carácter no mercantil, se ignora la subjetividad de los individuos —quienes pueden sentirse pobres o incapacitados para enfrentar sus obligaciones—.³ Es por eso que se utiliza un abanico de otros indicadores destinados a captar la “diversidad” de la pobreza y las formas de sentirla. Estos últimos completan los primeros indicadores simples.

La evolución de la pobreza en Asia es por completo distinta. La disminución registrada se ha dado a veces en pocos años y de manera vertiginosa. En algunos países la pobreza casi ha desaparecido, al menos en sus aspectos extremos, y en otros, después de una fase de reducción rápida e importante, se ha podido observar cierta disminución de la misma.⁴

Tanto los niveles y las variaciones de las desigualdades, como la tasa de crecimiento del PIB constituyen los factores claves para explicar la *evolución* de la pobreza. Componen lo que hoy se designa como “triángulo de la pobreza” según

3. Expresan códigos de valores transmitidos de generación en generación, más o menos deformados por la inserción, a menudo brutal, de los individuos en un mundo de mercado, más o menos globalizado.

4. Según los datos del Banco Mundial, la pobreza pasó de 69.9% en China en 1990 a 28.6% en 2005 y la pobreza extrema (también llamada indigencia) cayó de 31.5% a 8.9% en las mismas fechas. En Corea del Sur, la pobreza al igual que la indigencia no son significativas, siendo ambas inferiores a 0.5%; en Tailandia entre las mismas fechas la indigencia pasa de 12.5% de la población a 1.7% (World Bank, 2006: 49). En China, después de haberse registrado una reducción pronunciada de su nivel en pocos años, la baja de la pobreza se reduce fuertemente con el importante aumento de las desigualdades. Según el mismo estudio del Banco Mundial el índice de Theil (indicador que mide las desigualdades) aumenta de 21.1% en 1990 a 35.8% en 2002 en China, mientras que se mantiene a un nivel bajo en Corea del Sur (17% y 17.5% para las mismas fechas). En China las desigualdades de ingresos han aumentado tanto en la ciudad como en el campo y viceversa. En efecto: 8.9 de los 21.1 puntos en 1990 provienen de las desigualdades entre ciudad y campo, y 4.1 en el seno de las ciudades.

la conocida expresión de F. Bourguignon (2004). Entre más alto es el nivel de desigualdades, más probable es que la profundidad de la pobreza sea importante. A la inversa, mientras más elevado es el crecimiento, más aumenta el ingreso de los pobres y menos tiempo tardará en cerrarse la brecha que los separa de la línea de pobreza. Esto es cierto bajo la condición de que la distribución de los ingresos que acompaña el crecimiento no sea alterada. En efecto, la variación de las desigualdades tiene un impacto sobre el nivel de la pobreza. *Coeteris paribus*, una distribución de ingresos que sea menos desigual en su progresión constituye un factor positivo y permite disminuir la pobreza, mientras que a la inversa, un alza de las desigualdades constituye un factor negativo (primera parte).

Los regímenes de crecimiento tienen una influencia sobre el nivel de pobreza. Según y como favorezcan al desarrollo de productos de tecnología media y alta —proceso que conlleva efectos directos sobre la pobreza y sus formas— algunos regímenes de crecimiento son, tanto en materia de tasa de crecimiento como de inserción a la economía-mundo, más competitivos que otros. El tipo de inserción se traduce en una relación diferente entre el trabajo no calificado y el trabajo calificado, y por lo tanto por una distribución de ingresos diferentes. Dado que la pobreza no se confunde con la ausencia de trabajo o con el hecho de trabajar en el sector informal (aunque puedan existir lazos entre la pobreza y las actividades informales) y que, por consiguiente, tanto el trabajo formal como el informal sean compatibles con la pobreza, el efecto que tiene sobre el nivel de pobreza la evolución de los tipos de empleos se expresa mediante la variación de la distribución de ingresos y mediante la importancia del crecimiento económico. La frustración en materia de crecimiento económico, resultado del régimen de crecimiento latinoamericano desde los años noventa, explica

en ese sentido las dificultades en rebajar substancialmente el nivel de pobreza (segunda parte).

En 2002, de los 35.8%, 14.8 puntos provienen de las desigualdades entre el campo y la ciudad (12.6 y 8, para el campo y las ciudades respectivamente) (BM, 2006: 227 y 228; para mayores precisiones, véase: Chaudhuri y Ravallion, 2007; Jomo, 2006; y Edwards, 2006).

El “triángulo de la pobreza”: los factores en juego

A. El nivel elevado de las desigualdades incrementa las dificultades de reducir la pobreza

En comparación con otros países, el nivel de desigualdades en América Latina es muy elevado: el coeficiente de Gini⁵ es de 0.639 en Brasil, 0.59 en Argentina, 0.52 en México, 0.55 en Chile, 0.58 en Colombia (CEPAL, 2004). El mismo indicador se sitúa en 0.36 en los Estados Unidos y, según la OCDE, al finalizar los años noventa, se situaba en 0.27 en Francia. El nivel de desigualdades en América Latina tiende a bajar durante la década de 2000;⁶ salvo

5. El coeficiente de Gini es un indicador de medición global de las desigualdades que pone en relación los porcentajes de la población y de ingreso distribuido. Población e ingresos, ambos en porcentajes, forman los dos lados de un cuadro. Si por ejemplo 5% de la población cobra 5% del ingreso, 10% cobra 10%, etc., obtenemos una distribución de ingresos absolutamente igual. Eso corresponde gráficamente a la diagonal del cuadro. La distribución de los ingresos es en realidad más o menos desigual según los países: 10% de la población cobra, por ejemplo, 5% de los ingresos, 20% cobra 9%, etc. Obtenemos una curva que refleja esa distribución de los ingresos. Lleva el nombre de curva de Lorentz. La superficie existente entre esta línea y la diagonal, considerada en relación a la mitad de la superficie del cuadro, constituye un indicador de desigualdades llamado Gini. Entre mas se aproxima la curva de Lorentz a la diagonal, más la superficie existente entre esa curva y la diagonal es angosta y menos el coeficiente de Gini es elevado y viceversa. Comprendemos así que la superficie ocupada entre esa curva y la diagonal puede ser el producto curvas de Lorentz que difieren desde el punto de vista de sus combaduras. Ello precisa que un mismo grado de desigualdad puede significar situaciones diferentes y de ahí la necesidad de recurrir a otros indicadores más precisos.

6. La diferencia que aparece frecuentemente entre las cifras presentadas, según las fuentes, reside en la dificultad para aprehender los ingresos financieros de los 5%,

en Argentina, en donde llegó a alcanzar un nivel extremadamente alto a raíz de la crisis que puso fin al Plan de Convertibilidad, para volver a caer posteriormente. Cuando comparamos el ingreso promedio obtenido por los 10% más ricos con los 10% más pobres para el año 2000, el resultado es de 58.1 mientras que solamente alcanza 15.9 para el conjunto de países conformado por Malasia, Filipinas y Tailandia (Palma, 2006). Se puede refinar el estudio de las desigualdades utilizando dos coeficientes de Gini: en el primero se considera a 100% de la población, mientras que en el segundo sólo se toma en cuenta a 90% de la misma, quedando eliminados los 10% más ricos.

La brecha entre los dos coeficientes es de particular importancia para América Latina. El coeficiente de Gini calculado para los 100% supera en más de 40% al mismo calculado para el 90% de la población en México y Argentina, de 42% en Brasil, de 45% en Colombia y, por último, 53% en Chile, mientras que en el caso de los Estados Unidos, el primer coeficiente supera al segundo solamente en 9%.

Si consideramos un determinado ingreso promedio *per capita*, la probabilidad de que la profundidad de la pobreza sea alta, crece con la importancia del nivel de desigualdades. Por la tanto si tomamos una tasa de crecimiento constante y una distribución de ingresos inalterada, se vuelve difícil hacer descender el nivel de pobreza.⁷ La elasticidad de la

e incluso los 1% más ricos, pero también a veces porque no se indica si se trata del conjunto de los ingresos, o de los que provienen exclusivamente del trabajo, o en el caso de ingresos calculados antes o después de las transferencias sociales. Cuando consideramos el conjunto de los ingresos después de las transferencias, incluyendo a los ingresos financieros (aún subestimados) según las fuentes de la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD) en Brasil, el coeficiente de Gini pasó de 0.5957 en 2001 a 0.5620 (Neri, 2007). A pesar de haberse registrado una baja importante, este coeficiente sigue siendo uno de los más elevados del mundo.

7. Esto explica que en Argentina, a pesar del fuerte crecimiento económico, sea tan difícil rebajar el nivel de pobreza de manera significativa. La pobreza retrocede pero levemente: la elasticidad de la pobreza con respecto al crecimiento era de -0.3% para el periodo 2002-2007 (por cada punto suplementario de crecimiento, la pobreza disminuye solamente de 0.3%) (Lozano et al., 2007).

pobreza con respecto al crecimiento es entonces calificada de nula.

B. Los efectos positivos del crecimiento sobre la pobreza

Cuando las desigualdades permanecen estables (crecimiento neutro desde el punto de vista de sus efectos distributivos), el impacto del crecimiento sobre la pobreza es más o menos favorable en cuanto a su tasa y en cuanto al nivel de desigualdades. Entre más elevada sea la tasa de crecimiento, mayor será la disminución de la pobreza. Esa reducción sería aún más fuerte con un bajo nivel de desigualdades.

Ilustraremos nuestra propuesta mediante diferentes simulaciones. En un artículo revelador —aunque no sea tan reciente (1989)—, N. Lustig calculaba cuántos años eran precisos, en el caso de México, para cerrar la brecha existente entre, por un lado, el salario mínimo de 1977 (de un nivel cercano a la línea de pobreza) y, por otro, el nivel de ingreso obtenido por los 10% más pobres, los 10% siguientes y así sucesivamente... el estudio se basa en dos hipótesis: el crecimiento es neutro desde el punto de vista de la distribución de los ingresos y su tasa se mantiene estable en 3% anual. Bajo esas hipótesis duras, la población del primer nivel (los más pobres de los pobres) debería esperar 64 años para que su ingreso alcance el umbral de pobreza, mientras que los del segundo nivel sólo tendrían que hacerlo durante 35 años y los del siguiente, 21 años. Por otro lado Paes de Barros R. *et al.* han realizado dos simulaciones tomando como objeto el caso de Brasil en 1997 y en 2000.

Bajo la hipótesis de una distribución de ingresos estable (tomando como referencia el año 1993), el objetivo consistía en calcular el número de años de crecimiento continuo y regular para que baje la pobreza. Los autores obtienen los resultados siguientes: si 10 años de crecimiento a una tasa de 3% anual permiten una reducción de ocho puntos,

ésta se reduce solamente a 2 puntos con un crecimiento de 2%. Muestran que para reducir la pobreza de 12.5 puntos en Brasil, sería necesario un crecimiento de 4% anual durante 10 años, siempre bajo la condición de que el perfil de desigualdades no se modifique. Retomando el ejemplo de México, F. Bourguignon (2004) muestra con las mismas hipótesis (crecimiento de 3% anual, regular, neutralidad distributiva), que la pobreza podría verse reducida siete puntos en diez años.

Los análisis de esa índole tuvieron un gran éxito en el marco de las *Metas del Milenio*. Para cada país los economistas del *Milenio* han cruzado la reducción de las desigualdades y el crecimiento. Con base en ello imaginaron escenarios posibles para alcanzar una reducción de 50% de la pobreza extrema de 1990 para el 2015. Las dos curvas representan el nivel “deseado” de pobreza extrema en 2015, o sea la mitad del nivel vigente en 1990 calculado según las encuestas nacionales o según el Banco Mundial. La meta podría alcanzarse, mediante una infinidad de combinaciones de crecimiento y de reducción de las desigualdades. Siguiendo ese principio los expertos del *Milenio* (CEPAL, IPEA, PNUD, 2003) construyen dos curvas de iso-pobreza para cada país, combinando la tasa de crecimiento y la variación de las desigualdades posibles para alcanzar el objetivo del *Milenio*.

Estos estudios buscan poner en relieve las condiciones necesarias para que el nivel de pobreza extrema de 1990 disminuya a la mitad de aquí al 2015. Suponiendo que las desigualdades no cambien, sería necesario, según los cálculos realizados por los expertos, obtener de esa forma un crecimiento acumulado de 207% para Bolivia, de 104% para Colombia, de 86% para Brasil, cuando la pobreza extrema es medida según los criterios del Banco Mundial, o sea un dólar (a la tasa de PPA) por día. La disminución de las desigualdades permitiría alcanzar ese objetivo con una

tasa menor. Si proyectamos las tasas de crecimiento y las variaciones de las desigualdades observadas entre 1990 y 2002, observamos que México necesitaría de 27 años para alcanzar el objetivo, 102 para Nicaragua y 240 años para Honduras (Ros, 2004). En el 2003 según la CEPAL (2005: 20) un solo país latinoamericano ya había alcanzado el objetivo y cinco deberían de lograrlo respetando los plazos fijados. Los otros países de América Latina no podrían alcanzar el objetivo en caso de que mantuvieran una tasa de crecimiento y una variación de las desigualdades similar a las obtenidas entre 1990 y 2002. Brasil alcanzó el objetivo antes del término asignado: la pobreza bajó de 58.54% entre 1992 y 2006. Esta baja ha sido irregular: importante después del fin de la hiperinflación (-33.76% entre 1992 y 1995), fue interrumpida de 1995 a 2001 y desde entonces es relativamente pronunciada. Para el conjunto del periodo (1992-2006) ronda 60% (Neri *et al.*, 2007: 36).

Esto es el resultado combinado de una política de transferencias sociales, de un aumento sustancial del salario mínimo y, por último, de un incremento de los ingresos de los trabajadores calificados, siendo éste último superior al incremento de los ingresos de los trabajadores no calificados (tal como lo muestra Rocha, 2007). Sabemos que con 2% de crecimiento, se precisan 35 años para duplicar el valor del PIB, pero que con 10% de crecimiento el PIB es multiplicado por 32 en el mismo periodo de tiempo. Con una tasa de crecimiento de 2% la movilidad social es leve y la probabilidad para que un niño que haya nacido en la pobreza ya no viva en esas condiciones al haber alcanzado la edad adulta, no es elevada. En cambio con una tasa de crecimiento de 10%, la movilidad social es mucho más elevada y la misma probabilidad es grande, salvo si las desigualdades aumentan de manera considerable, como es el caso actualmente en China.

Desde los años noventa, el crecimiento económico ha sido modesto en América Latina. Con un promedio situado

alrededor de 2%⁸ ha sido más irregular que en Asia. Zetzelmeyer (2006) muestra que los periodos en los cuales el crecimiento *per capita* sobrepasa 2% anual han sido más importantes y sobre todo más largos en Asia que en América Latina desde 1950. Sus trabajos registran desde 1950, diez periodos de crecimiento superior a 2% *per capita* en América Latina frente a 11 en Asia, con una duración promedio, en el primer caso, de 13.9 meses, mientras que alcanza 26.1 meses en el segundo.

Para finalizar, en 30% de casos esas fases de auge sobrepasan 15 años en América Latina, frente a 73% en Asia.⁹

Si el crecimiento fuese regular y neutro desde el punto de vista de la distribución de ingresos, la pobreza habría seguido de igual manera un *trend* regularmente descendiente. Esto no es el caso en América Latina. Las curvas del PIB y de la pobreza no son paralelas. Los pobres, como están menos protegidos, se encuentran más expuestos a la volatilidad del PIB que otras categorías de la población mejor protegidas. De esta manera, el porcentaje de pobres crece con mayor fuerza que la reducción del crecimiento al producirse el estallido de la crisis. El ciclo de pobreza es, por lo tanto, más marcado que el ciclo del PIB; sobre todo en su fase descendiente, por razones de histéresis (Lautier, Marques y Salama, 2004). Los dos *trends*, tanto el del crecimiento como el de la pobreza, no siendo paralelos, acusan una relación muy estrecha entre el ciclo de crecimiento y la

8. Para un análisis comparado de las causas de este débil crecimiento y de su volatilidad, en comparación con los países asiáticos, véase el primer capítulo de mi libro *El desafío de la desigualdad* (2006).

9. El contraste se vuelve aún más agudo desde los años ochenta, ya que América Latina entra en una larga fase de depresión con hiperinflación y alta volatilidad que dura aproximadamente una década. A esta fase le sigue otra que, desde el inicio de los años noventa, acusa una reanudación económica caracterizada por una débil tasa de crecimiento promedio y una volatilidad menos pronunciada con respecto al periodo precedente. El crecimiento en Asia en los años noventa es considerado, en su conjunto y hasta la fecha, como fuerte y poco volátil (una sola crisis a finales de los años noventa).

modificación en la repartición de los ingresos (las desigualdades aumentan cuando sobreviene la crisis). La volatilidad del crecimiento, al traducirse en modificaciones en la repartición de ingresos a costa de los más pobres, frena, para una tasa de crecimiento dada, la reducción de la pobreza. Cuanto mayor es la volatilidad del crecimiento económico, menos importantes son los efectos de una tasa de crecimiento dada en materia de reducción de la pobreza.

Las razones de la vulnerabilidad acrecentada de los pobres frente a los ciclos de crecimiento

Cuando baja el ritmo del crecimiento, los pobres se ven afectados de forma más que proporcional; cuando el ritmo de crecimiento vuelve a despegar, el nivel de pobreza se mantiene estable, si es que no empeora, durante un periodo más o menos largo, dependiendo de los efectos de redistribución acarreados.

Las razones generalmente invocadas para explicar esas evoluciones son muy conocidas: la crisis es el momento en el cual los sectores pocos competitivos son reestructurados, algunas empresas son eliminadas o reconvertidas, las condiciones de trabajo vigentes hasta la fecha son cuestionadas...

La salida de la crisis (procesos diferentes, simples reanudaciones “mecánicas” mediante una renovación de las existencias) expresa la concretización de mejores condiciones de valorización del capital, gracias a la introducción de nuevos equipos más competitivos. A esto hay que añadir otros elementos de primera importancia, al menos en un primer momento, que tienen que ver con la introducción de nuevas formas de organización del trabajo, con una baja del empleo y una “moderación” salarial. El ciclo de la producción arranca de nuevo y las ganancias aumentan, un proceso acumulativo que al fin y al cabo alimenta la

combatividad, movilización y el reajuste de los salarios. Dentro de este marco los desfases entre las evoluciones de la producción y los salarios encuentran una explicación en la no-correspondencia de los ciclos del PIB y de las movilizaciones. Lo mismo sucede para los desfases entre los ciclos del PIB y de la pobreza por una razón simple: la pobreza no proviene únicamente del no empleo, sino del empleo que se lleva a cabo en condiciones de remuneraciones deterioradas. Este fenómeno de *histéresis* se explica esencialmente por la aceleración de las desigualdades cuando estalla la crisis, fenómeno cuyos efectos negativos son mucho más fuertes que los que se pueden registrar en los países desarrollados (debido a la débil protección social de la mayor parte de la población). Sobre todo en los servicios públicos, entre los cuales la escuela y la salud sufren particularmente las reducciones del gasto público, cuando se busca alcanzar el equilibrio presupuestario. La duración promedio de la escolaridad baja (los niños pobres asisten a la escuela con menor asiduidad): por culpa de la crisis se vuelve preciso buscar actividades de supervivencia a corto plazo, la duración del periodo escolar baja, la protección sanitaria se reduce y, por último, disminuyen las capacidades de salir de la pobreza, esto de forma a veces irreversible, una vez que sobreviene la reanudación de la actividad económica.

Los efectos negativos del ciclo sobre la pobreza son frecuentemente acentuados por las políticas económicas restrictivas decididas por razones de credibilidad en los mercados financieros internacionales. Apoyándonos en un estudio llevado a cabo por Hicks y Wodon (2001) en siete países (Argentina, Chile, Bolivia, Costa Rica, México, Panamá y República Dominicana), podemos observar una elasticidad de los gastos sociales en relación al PIB superior a la unidad durante las fases de crecimiento y, a la inversa, una elasticidad inferior a uno durante las fases de recesión. Los autores subrayan que cuando el crecimiento del PIB cae

un punto, los gastos que afectan a los pobres bajan dos. Los autores estiman que la mitad de esa disminución es debida a la baja del PIB y la otra mitad resulta del aumento del número de pobres provocado por la crisis. En vez de poseer virtudes contracíclicas, la política social se vuelve más bien procíclica y de esa forma acentúa los efectos negativos de la volatilidad sobre las poblaciones de menor ingreso.

C. Los efectos de una variación de las desigualdades

El crecimiento no es neutro desde el punto de vista distributivo. Según los regímenes, el crecimiento acrecienta o disminuye las desigualdades. Cuando la demanda de trabajo no calificado sobrepasa la demanda de trabajo calificado, la probabilidad para que sobrevenga un estrechamiento de las desigualdades es fuerte, mientras que se vuelve inferior cuando la relación entre los dos tipos de demanda es inversa. La sustitución de importación de bienes ligeros produjo la llamada “concentración horizontal de los ingresos” (i. e. la distancia entre los ingresos del trabajo es pequeña) mientras que la sustitución de las importaciones de bienes pesados y/o más sofisticados conllevó una concentración vertical (i. e. aumento de la distancia entre los ingresos del trabajo). Designar un régimen de crecimiento no se limita únicamente a especificar las actividades industriales: cuando la parte del sector financiero crece en importancia, los ingresos provenientes de este último sector se vuelven considerables, lo que provoca a su vez una modificación de la distribución de los ingresos. Por fin, y según los casos, el crecimiento puede estar mal o poco acompañado de políticas de redistribución capaces de modificar la distribución de los ingresos en un sentido u otro, siendo que ello acarrea efectos de retorno sobre la forma del crecimiento económico.

Hoy en día, el régimen de crecimiento dominante comprende una parte fuerte de actividades financieras y, por otro lado, es acompañado por el auge de una política de

asistencia. Esas dos características conllevan efectos sobre la distribución de ingresos. Como hemos podido observar, el crecimiento económico no tiene un carácter regular y, por otra parte, la evolución de la pobreza tampoco está en sintonía con la curva del PIB. Los economistas distinguen diferentes fases: el crecimiento es “*pro-poor*” (esto es, muy favorable a los pobres) cuando la baja del índice de pobreza acontece a una tasa de crecimiento superior a la del PIB; el crecimiento es de tipo “*trickle down*”¹⁰ (es decir, moderadamente favorable a los pobres) cuando el índice de pobreza baja a una tasa inferior a la evolución del PIB; y por último, el crecimiento es de tipo empobrecedor cuando, siendo positivo o generalmente negativo, provoca un aumento del índice de pobreza.¹¹ Podemos profundizar este análisis tomando en cuenta otros índices de pobreza capaces de medir la profundidad de la misma, así como las desigualdades entre los pobres.

Con el propósito de medir los efectos del crecimiento sobre la pobreza, mediante las variaciones de las desigualdades, Kakwani *et al.* (2004) construyen un indicador muy interesante. A una tasa de crecimiento anual del PIB corresponde a una tasa de crecimiento (negativa o positiva) del índice de pobreza. La relación crecimiento-pobreza difiere de un año a otro porque el crecimiento actúa sobre las desigualdades de manera irregular. La idea es, partiendo de una tasa de crecimiento observada cada año, calcular el nivel al cual debería situarse esta tasa para que ocurra un crecimiento del índice

10. Hemos optado por conservar las expresiones inglesas, ya que particularmente la última resulta muy difícil de traducir; la expresión “gota a gota” [tanto en francés como en castellano] es probablemente la más cercana.

11. Las elasticidades del índice de pobreza en relación al PIB son superiores a 1, comprendidas entre 0 y 1, inferiores a 1. Véase Kakwani *et al.* (2004). Hemos optado por las definiciones de este autor, prefiriéndolas a las menos rígidas que maneja el Banco Mundial. Ese organismo considera que el crecimiento es de tipo “*pro-poor*” a partir del momento en que el índice de pobreza disminuye, sea cual fuere su tasa. En este último caso basta que la elasticidad sea superior a 0.

de pobreza similar al crecimiento económico observado. La tasa de crecimiento hipotética o PEGR (*Poverty Equivalent Growth Rate*) así obtenida corresponde al crecimiento económico neutro desde el punto de vista de sus aspectos distributivos. De lo anterior se deduce que si la tasa calculada sobrepasa la tasa efectivamente observada, el crecimiento es de tipo *pro-poor* ya que conlleva una disminución de las desigualdades y, por lo tanto, permite una fuerte reducción del índice de pobreza. Si la tasa calculada es inferior a la observada, aunque superior a cero, el crecimiento es de tipo *trickle down*, esto es que el índice de pobreza baja levemente porque las desigualdades aumentan. Por último, si esa tasa es negativa e inferior a la tasa observada, nos enfrentamos a un crecimiento de tipo empobrecedor.

El ejemplo coreano es una interesante ilustración de lo anterior. Considerado en su conjunto, el crecimiento entre 1990 y 1996 fue de tipo *pro-poor*: los índices de pobreza bajaron más rápidamente que el aumento del PIB. Según este autor, las desigualdades disminuyeron en el conjunto de la población (el coeficiente de Gini situado en 29% en 1990 bajó a 27%) y lo mismo sucedió entre los pobres, así como disminuyó la profundidad de la pobreza. Con la crisis de 1997-1998 la situación cambió radicalmente; estamos ahora en presencia de una fase de tipo “empobrecedora”: el índice de pobreza baja a una tasa superior a la del PIB, la profundidad de la pobreza crece aún más rápidamente y las desigualdades entre de los pobres se incrementan. En el periodo posterior, la baja del índice de pobreza es ligeramente inferior a la tasa de crecimiento del PIB. Desde este último punto de vista, el crecimiento es de tipo *trickle down*, aunque por otra parte siga siendo de tipo *pro poor* si nos referimos a otros dos indicadores (como resultado de la política social puesta en marcha)

Esto no es lo que observamos en América Latina. Utilizando la misma metodología, Núñez *et al.* (2005) han

analizado a Colombia. De dicho estudio se desprende que el efecto de las desigualdades es mucho más importante. Observamos, efectivamente, que la curva del crecimiento registrada se sitúa siempre por encima del PEGR y que esta última es frecuentemente negativa. El índice de pobreza se mantiene a un nivel elevado. Tomando en cuenta las variables que condicionan éste último, el efecto debido al aumento de las desigualdades sobrepasa con frecuencia al efecto debido al crecimiento. Ello es patente sobre todo para el periodo que transcurre desde 1997 hasta mediados de 1998, y aún más desde 2000 hasta mediados de 2002. Resulta por lo tanto lógico que el índice de pobreza no haya bajado durante el conjunto del periodo: de 51% en 1996 sube a un poco más de 53% en 2004 después de haber caído de cuatro puntos entre 2002 y 2003 gracias a un crecimiento fuerte de tipo *pro poor*. Si el crecimiento hubiese sido neutro, el índice de pobreza habría registrado una baja, y de 51% en 1996 se situaría a 37% en 2004. Lo anterior pone en relieve, desde el punto de vista de las consecuencias, el impacto que tuvieron las fases de crecimiento empobrecedor durante el conjunto del periodo.

Un régimen de crecimiento poco competitivo

Si en la mayoría de los países el índice de pobreza mantiene una tendencia descendente, éste sigue situado a un nivel muy elevado. Recordemos que tanto el alto nivel de las desigualdades (factor negativo), como la baja de las mismas en algunos países (factor ligeramente positivo) al igual que una tasa de crecimiento modesta en el largo periodo (factor ligeramente positivo) son los principales factores. Sin embargo, circunscribir el análisis al triángulo de pobreza es insuficiente: hay que especificar el crecimiento y las desigualdades que acarrea. El objeto de esta parte del artículo consiste en analizar la relación existente entre el

régimen de crecimiento en la última década y la evolución de la pobreza. Mostraremos, por un lado, cómo este régimen de crecimiento favorece una disminución de la pobreza en América Latina desde el inicio del milenio. Se trata de un rasgo positivo. Y por otro, a la inversa, que este régimen de crecimiento se traduce en una inserción problemática en la división internacional del trabajo. Esta inserción difiere de la que podemos observar para los países asiáticos. Se trata por lo tanto de un rasgo negativo. A pesar de toda la importancia de la influencia de la dimensión financiera del régimen de crecimiento actual sobre la pobreza, nos limitaremos, en el presente marco, a evocar este punto, dejando su análisis a otros trabajos.¹²

A. La pobreza ligada al no empleo y al empleo

La pobreza está a menudo asociada a la ausencia de empleo y/o a empleos en el sector informal. El auge de las actividades informales es acompañado por la migración del campo a la ciudad, y aparece ligado a la incapacidad del sector formal para ofrecer empleos suficientes a los recién llegados.

Para sobrevivir, éstos últimos buscan empleos informales y viven en asentamientos irregulares. Las migraciones, el auge de los empleos informales y de la pobreza están ligados. Sin embargo no se puede reducir la pobreza a esta única dimensión. La realidad es más compleja. La pobreza está doblemente ligada al no empleo y al empleo (formal o informal). La tasa de actividad de los pobres es baja —más baja que la de los “no pobres”— y su tasa de desempleo es más elevada. Esto parece paradójico. Ilustrémoslo con el caso de Brasil.

Según los trabajos de Sonia Rocha (2007: 10), quien toma en cuenta el conjunto de los sectores (informales y formales),

13. Véase el primer capítulo de *El desafío de las desigualdades* (op. cit.).

la tasa de actividad promedio entre los pobres era de 54.9% en 1999 y de 55.6% en 2005. El aumento de esta tasa es leve durante el periodo considerado. La tasa de actividad de los “no pobres” era de 63.3% en 1999 y se situaba en un 65% en 2003, o sea un aumento más importante que la misma variación calculada para los pobres. Dentro de las ciudades, la brecha llega a alcanzar 11.6 puntos en 2005 (52 y 63.6). Resulta *a priori* sorprendente que *la tasa de actividad* de los pobres sea inferior a la de los “no pobres”, en la medida en que el nivel de ingresos de los pobres es inferior y, por razones de estricta supervivencia, deberíamos observar una correlación contraria. Entre los múltiples factores que podrían explicar esta paradoja, uno de ellos destaca aparentemente por su influencia: la tasa de fecundidad de las mujeres. Ésta es generalmente superior en las familias pobres, lo que hace difícil el cuidado de los recién nacidos; sobre todo en las ciudades, donde las redes de solidaridad están más debilitadas que en el campo y en donde no existe un sistema *real* de guarderías.

Otro argumento que se emplea a veces, establece una correlación entre esta baja tasa de actividad y las transferencias sociales que benefician a los pobres. Esta última explicación no es seria ya que, primero, el bajo nivel de la tasa de actividad también se registra en casos que desconocen las transferencias sociales y, por otro lado, dicha explicación se puede desmentir mediante análisis más minuciosos, como veremos a continuación.

Según S. Rocha, *la tasa media de desempleo*, definida conforme a los criterios del Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT), era de 18.2% en 1999 y de 20.1% en 2005. Paradójicamente, esa tasa era inferior para los “no pobres”: 6.6% en 1999 y 6.3% en 2005. En la medida en que no reciben ayudas de desempleo, resulta sorprendente que muestren una tasa de desempleo superior a la de los “no pobres”. Al llevar a cabo una repartición de los pobres

y de los desempleados pobres según el grado de escolaridad y confrontándolos con los datos empíricos, resulta posible encontrar una explicación a esta paradoja.

Repartición de los pobres según el grado de escolaridad (%)

<i>Indicador</i>	<i>Año</i>	<i>Menos de 4 años</i>	<i>De 4 a 7 años</i>	<i>De 8 a 10 años</i>	<i>11 años</i>	<i>Más de 11 años</i>
Repartición	1999	25.1	41.3	20.9	11.1	1.7
por años de escolaridad	2005	15.9	35.0	26.6	20.5	2.1
Tasa de desempleo	1999	10.2	20.7	30.4	33.6	40.2
	2005	10	19.3	29.8	32.2	37.2

Nota: no se toma en cuenta el norte rural.

Fuente: Rocha (2007: 13.) a partir de los datos del IBGE y del PND.

Los pobres que con un grado de escolaridad inferior a cuatro años son mucho menos numerosos en 2005 que en 1999 (25.1 contra 15.9). Ello se refiere muy probablemente a las categorías más pobres. Su tasa de desempleo es baja. Está situada alrededor de 10%. De los pobres, 41.3% tienen una escolaridad de cuatro a siete años en 1999. Son menos numerosos que en 2005 (35%). La tasa de desempleo es más importante y desciende poco entre esas dos fechas. Esta tasa de desempleo es, sin embargo, menos importante que el peso de los pobres dentro de esa categoría. De ello podemos deducir que cuando la formación tiene poca importancia (de 0 a 7 años), la tasa de desempleo es relativamente baja: el premio del trabajo para sobrevivir se hace más fuerte e interviene sobre todo en los empleos informales. Los pobres son quienes reciben la mayor parte de las transferencias sociales y es precisamente entre ellos que la tasa de desempleo es más baja.

La ruptura aparece con los pobres que tienen más de 8 años de escolaridad: 20.9 % de los pobres tienen entre 8 y 10 años de escolaridad, un porcentaje que aumenta de forma sensible en 2005. En esa categoría de pobres así como en las

siguientes, la tasa de desempleo es más importante que su participación en la pobreza total. En 2005, 29.8% estaban desempleados. El desempleo aumenta con la escolaridad.

La tasa de desempleo es baja para las categorías pobres menos escolarizadas y crece a medida que la escolaridad aumenta. Los más pobres buscan actividades —sobre todo de supervivencia— generalmente dentro del sector informal. La ausencia de sistemas de protección para los pobres menos instruidos y las exigencias de la supervivencia explican esos niveles bajos de desempleo. En cambio, los menos pobres dentro de los pobres ostentan una tasa de desempleo muy elevada. A la inversa de lo que se puede observar en los países desarrollados, la tasa de desempleo de las categorías menos instruidas es más débil y aumenta con el nivel de instrucción.¹³

Si existe pobreza en ese caso, ello se debe a que las remuneraciones son bajas y que predominan el trabajo temporal y la precariedad. Una explicación de esta tasa de desempleo superior radica probablemente en la dificultad de encontrar un empleo mejor retribuido, teniendo en cuenta el grado de calificación alcanzado y, como consecuencia, en la renuencia a aceptar un empleo estigmatizado como inferior.

En los años 2000 la escolaridad aumenta sensiblemente, como lo hemos podido observar a partir de los datos expuestos más arriba. La oferta de trabajo no calificado (0 a 7 años de escolaridad) baja fuertemente en porcentaje, pero la demanda de trabajo no calificado por parte de las empresas no desciende al mismo ritmo. De lo anterior resulta un alza relativa de los ingresos de esta categoría de trabajadores. Según los datos de la PNAD, utilizados por Neri *et al.* (2007: 23), los ingresos del trabajo crecen en los cinco primeros niveles dos veces más rápidamente que en los cuatro niveles siguientes y tres veces más que en el último nivel, de

13. Ya nos habíamos referido a esa paradoja en Destremau y Salama (2001).

2001 a 2006. Ahora bien, es en estos cinco primeros grupos que encontramos más trabajo no calificado, sea éste de tipo formal o informal, mientras que en los grupos siguientes encontramos la mayor cantidad de trabajo calificado y de empleos formales.

Los progresos en la enseñanza abren la vía para una calificación del trabajo cada vez más importante.¹⁴ Sin embargo, al ser diferente el ritmo de crecimiento de la demanda de trabajo calificado, intervienen a su vez varios mecanismos de desclasificación, todos facilitados por el auge de la precariedad del trabajo, la “externalización” de numerosos puestos de trabajo (i. e. el trabajador asalariado, al ser, aunque indirectamente, su propio empleador, se encuentra más expuesto a los riesgos ligados a la coyuntura), el desarrollo del trabajo temporal y, por último, la inadaptación de las formaciones a las demandas de los emprendedores.

B. Una inserción internacional poco favorable para los pobres, a mediano plazo

Desde el inicio de los años 2000, Brasil se encuentra en una situación nueva con respecto a su propia historia y que comparte con la mayoría de las economías latinoamericanas, con excepción de la argentina. El promedio de la tasa de crecimiento sigue siendo bajo. El funcionamiento del mercado del trabajo se traduce en menos desigualdades, en beneficio de los más pobres. Esto es un aspecto positivo.

De manera general, la oferta de trabajo depende en un momento determinado de la tasa de actividad y de la tasa de fecundidad anterior (con un atraso de quince años). Desde hace aproximadamente quince años, la fecundidad disminuyó y sus efectos comienzan a manifestarse en el mercado de trabajo.

14. Sería abusivo identificar años de escolaridad con el nivel de calificación, como a menudo lo hacen las instituciones internacionales. En efecto, observamos una disminución de la calidad de la enseñanza. Véase: OCDE (2006) y Bonelli (2006).

De forma más precisa, la oferta de trabajo calificado depende de un factor suplementario: la política educativa del Estado. Por otra parte, la demanda de trabajo depende de la tasa de crecimiento y, a nivel microscópico, la demanda de trabajo calificado depende del régimen de crecimiento: si este último favorece el auge de la producción de los bienes relativamente sofisticados, la demanda privilegiará el trabajo calificado en detrimento del trabajo no calificado. Si la producción de bienes de media o baja tecnología es privilegiada —como parece ser el caso, salvo excepciones—, la demanda de trabajo no calificado mantendrá un nivel alto y su tasa de crecimiento podría incluso rebasar al de la demanda de trabajo calificado.

Esta situación podría favorecer a los trabajadores no calificados y ser relativamente desfavorable para los trabajadores calificados. Sin embargo, al mismo tiempo, la oferta de trabajo calificado ha ido aumentando más rápidamente que la de trabajo no calificado; muchos trabajadores ocuparán puestos que no corresponden a sus calificaciones específicas (empleos des-clasificadores). Basta con que la tasa de crecimiento aumente para que la demanda de trabajo calificada se incremente en número, cuando no en proporción relativa de la demanda total.

La oferta de trabajo calificado, aunque creciente, puede entonces resultar insuficiente relativamente a esta demanda si, por otro lado, los gastos públicos en educación no crecen de forma significativa. Hasta la fecha, en esto ha habido una evolución relativamente favorable a los trabajadores menos remunerados (los más pobres); así pues, aumentará el diferencial entre trabajadores calificados y los que no lo son. La evolución del mercado de trabajo favorable a los pobres es, por lo tanto, frágil y podría variar si el gasto público en educación se incrementara en forma sustancial. No obstante lo anterior, para que la tasa de crecimiento aumente a largo plazo, se vuelven imprescindibles varias condiciones. El

régimen de crecimiento acusa una predominancia financiera y no privilegia la inversión productiva, al contrario de lo que podemos observar en los países asiáticos. El promedio de la tasa de crecimiento es, por lo tanto, débil. Por otro lado, la inserción en la economía mundo se hace al mismo ritmo que el crecimiento de las exportaciones mundiales, al grado que si tomamos el conjunto de esas economías, con excepción de México, están más abiertas que en el pasado.

Esto aparece cuando consideramos su grado de apertura (exportaciones + importaciones dividido entre el PIB)¹⁵ aunque, por otra parte, no estén más abiertas que el promedio mundial. Una cifra puede ilustrar esta propuesta: siguiendo un *trend* ligeramente alcista, la participación de las exportaciones brasileñas gira alrededor de 1% de las exportaciones mundiales desde hace varios años, mientras que la de China, evaluada en 3.9% en 2000, alcanzaba 7.4% en 2005 (Carta IEDI, 2006). Esta participación modesta de las economías latinoamericanas en el comercio mundial se explica por la composición de sus exportaciones. La parte de las exportaciones de productos primarios se duplica gracias al volumen y al valor de las mismas a causa de la fuerte demanda mundial (asiática).

La composición de las exportaciones integra pocos productos sofisticados, aunque sean precisamente aquéllos cuyo nivel de crecimiento es el más elevado (para una profundización de esas cuestiones, véase: Lall (2005), Palma (2006b), Salama (2006), IEDI (2007)).¹⁶

Aun siendo un fenómeno real, la fuerte tendencia hacia la modernización sigue acusando insuficiencias con respecto a

15. La tasa de apertura de Brasil pasa de 11.7% en 1990 a 26.9% en 2004 (Carta IEDI, 2006).

16. Las exportaciones con un contenido tecnológico elevado se caracterizan por una elevada elasticidad de la demanda con respecto al ingreso a escala mundial. Por esta razón son capaces de desatar importantes efectos de arrastre en las ramas industriales, salvo si se trata de maquiladoras (como en México). Por lo mismo, participan en la reestructuración del aparato industrial. La dificultad para

la estructuración y la evolución del comercio internacional; ésta última ha tenido cada vez más como centro la compra-venta de productos de alta tecnología (Kliass y Salama, 2007). América Latina acrecienta su atraso *vis à vis* de los dragones asiáticos como Corea del Sur. De esta manera se perfila, en un porvenir no muy lejano, el escenario de la incapacidad para poder competir con China e India en los denominados “mercados portadores”. Al fin y al cabo, una tasa de crecimiento más elevada y duradera, acompañada de un esfuerzo sostenido en los gastos de educación, es la vía obligada para reducir de forma significativa la pobreza. Sin embargo, para poder encarrilarse en esa vía es preciso que las relaciones de las finanzas con el Estado y la industria sean diferentes y que, por otro lado, sea posible modificar en profundidad la estructura de las exportaciones, orientándola hacia productos sofisticados y con mayor demanda. La salida del túnel de la pobreza, cuyas luces se dejan ya entrever en algunos países, aún permanece alejada. El desarrollo de las transferencias sociales disminuye la pobreza y alivia las dificultades de los más desprotegidos. Si esas transferencias son necesarias y éticamente indispensables, no son de ninguna manera una solución para suprimir la pobreza absoluta, un fenómeno que se sigue manteniendo a niveles muy altos (a pesar de las notorias bajas registradas en algunos países). Por último, aunque se alcanzara una reducción sensible de la pobreza absoluta, esto no debería acompañarse de un aumento de la pobreza relativa como consecuencia de las desigualdades, ya que ello dinamitaría

estimular el auge de las exportaciones con contenido tecnológico elevado caracteriza los modos de crecimiento de tipo “pato cojo” (Palma, 2006b). Los efectos sobre el crecimiento del auge de esas exportaciones son, por lo tanto, leves; la relación entre el grado de apertura y el fuerte crecimiento es poco verificada o inexistente. En la medida en que la participación de las exportaciones de productos manufacturados de tecnología media o alta no es importante en Brasil, podemos considerar que su régimen de crecimiento se acerca más al “vuelo de los patos flojos” que al de “las ocas salvajes”.

la cohesión social al profundizar la zanja existente entre la ciudadanía social y la ciudadanía política. ☹

Fecha de recepción: 11 de febrero de 2008

Fecha de aceptación: 21 de abril de 2008

Bibliografía

- Bonelli, R. (2006) “De volta para o futuro (continuidade e mudança no Brasil dos anos 40 ao presente”. Sao Paulo: Forum Nacional, *Estudos e pesquisa*, núm. 164.
- Bourguignon, F. (2004) “The Poverty Growth Inequality Triangle”. Washington: Working papers Banque Mondiale.
- CEPAL, IPEA, PNUD (2003) *Hacia el objetivo del milenio de reducir la pobreza en América Latina y el Caribe*. Santiago.
- (2004, 2006) *Panorama social de la América Latina*. Santiago
- (2005) *The Millenium Development Goals: a Latin American and Caribbean Perspective*. Santiago.
- Chaudhuri, S. y M. Ravallion (2007) “Partially Awakened Giants: Uneven Growth in China and India”, Working papers: WPS4069. Washington: Banque Mondiale.
- Destremau, B. y P. Salama (2001) “Brésil: de nouvelles causes au maintien de la pauvreté ?”, *Tiers Monde*, núm. 167.
- (2002) *Mesures et démesure de la pauvreté*. Paris, Francia : Presses Universitaires de France. En español, Chile: Lom.
- Edwards, P. (2006) “Examining Inequality: Who Really Benefits from Global Growth”, *World Development*. Londres, vol. 34, núm. 10.
- IEDI (2006) “Crescimento e exportação”, *Carta IEDI*. Brasilia, núm. 204.
- (2007) *Desindustrialização e os dilemas do crescimento economico recente*. Brasilia.

- Hicks, N y Q. Wodon (2001) "Protección social para los pobres en América Latina", *Revue de la CEPAL*. Santiago de Chile, núm. 73.
- Jomo, K. S. (2006) "Growth with Equity in East Asia", *DESA Working Papers*. New York: Naciones Unidas, núm. 33.
- Kakwani, N., S. Khandker y H. Son (2004) "Pro-Poor Growth: concepts and Measurements with Country Case Studies", Working paper. Washington: UNDP.
- Kliass, Pet y P. Salama (2007) "La globalisation au Brésil: responsable ou bouc émissaire?", *Lusotopie*. París.
- Neri, M. C. et al. (2007) "Misericórdia, desigualdade e políticas de rendas: o Real de Lula", mimeo. Río de Janeiro: Fundação Getulio Vargas.
- Lall, S. (2005) "Rethinking industrial strategy: the role of the State in the face of globalization", en K. Gallagher *Putting development first*. Londres: Zed Books.
- Lautier, B., J. Marques Pereira y P. Salama (2004) "Régimes de croissance, vulnérabilité financière et protection sociale en Amérique Latine, les conditions macro de l'efficacité de la lutte contre la pauvreté". Santiago: CEPAL (serie Financiamiento del desarrollo, núm. 140).
- López-Calva, L. (2004) "Macroeconomía y pobreza: lecciones desde Latinoamérica". Santiago: CEPAL, Working paper.
- Lozano, C. et al. (2007) "Crecimiento y distribución: nota sobre el recorrido 2004-2007", mimeo. Buenos Aires: CTA, Instituto de Estudios y Formación.
- Lustig, N (1989) "La desigualdad en México. Economía de América Latina: las dimensiones sociales de la crisis", *CET*. México, núm. 18/19.
- Núñez, J. y S. Espinosa (2005) "Determinantes de la pobreza y la vulnerabilidad. Misión para el diseño de una estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad". Bogotá, Working paper.

Bibliografía

- OCDE (2006) *Economic Survey: Brazil*. París
- Paes de Barros, R. y R. Mendonça (1997) “O impacto do crescimento economico e de reduções no grau de desigualdade sobre a pobreza”. Texto par discussão, *IPEA*. Río de Janeiro, núm. 528.
- Paes de Barros, R. et al. (2000) “Poverty, Inequality and Macroeconomic Instability”. Texto par discussão, *IPEA*. Río de Janeiro, núm. 750.
- Palma, G. (2006) “Globalizing Inequality: Centrifugal and centripetal Forces at Work”, DESA Working papers. Nueva York: Naciones Unidas, núm. 35.
- (2006b) “Stratégies actives et stratégies passives d’exportation en Amérique latine et en Asie orientale”, *Revue Tiers Monde*. París, núm. 186.
- Rocha, S. (2007) “Pobreza : evolução recente e as ‘portas de saída’ para os pobres”, miméo (próxima publicación en PAL). Río de Janeiro, Forum Nacional.
- Ros, J. (2004) *El crecimiento económico en México y Centroamérica: desempeño y perspectivas*. Santiago: CEPAL (serie Estudios y Perspectivas, núm. 18).
- Salama, P. (2006) *Le défi des inégalités, Amérique latine/Asie, une comparaison économique*. París: La Découverte.
- Wade, R. (2002) “Globalization, Poverty and Income Distribution: Does the Liberal Argument Hold”, LSE Working papers. Londres: Development Studies Institute, núm. 02, p. 33.
- World Bank (2006) *An East Asian renaissance: Ideas for Economic Growth*. Washington.
- Zettelmeyer, J. (2006) “Growth and reforms in Latin America: a Survey of Facts and Arguments”, Working paper WP/06/210. Washington: FMI.